

para ser más verdadero, aparece en el área plástica de Pedro Berruguete firme, rígido, dicho con una robustez atroz. No hay encanto de clima en esta pintura, pero sí atracción sorprendente en lo que pudiéramos llamar legitimidad. Berruguete no nos cuenta el lirismo naturalmente del mundo que revela, sino las leyes, las corrientes del vigor y de la firmeza, todo lo que —eso sí— él transmite a la cultura española con una soberbia dignidad. En el mundo incompleto, estrecho, falto de dimensión, como corresponde, de este artista, la verdad cabe de manera absoluta. Y todas las formas berruguetescas, que no se plenifican en su especial fragancia, como luego ocurre, por ejemplo, en Velázquez, se nos presentan verdaderas gracias a un vigor heridor que las hace trascendentes. Y en virtud de que el entendimiento de Berruguete no matiza —pudiéramos escribir— la verdad toda, puesto que pretende entregárnosla con una impresionante y legal precisión.

Se comprende perfectamente que el arte moderno, dispuesto a acabar con los excesos del realismo, se haya referido conceptualmente en muchas ocasiones a pintores como Pedro Berruguete. El artista de Paredes de Nava, que se enfrenta con la verdad de las cosas y de los hechos con una lealtad trastornante —y centramos en este momento nuestra divagación alrededor de su impresionante *Auto de fe*, del Prado—, no es nunca, entiéndase bien, eso que se ha llamado «realista», para bautizar todo aquello que no cumplió artísticamente con su deber. Berrugue-

te dignifica sus conquistas con la impresionante precisión de sus formas expresivas. La unidad artística en el castellano evidencia personas, sucesos, escenas, etc., etc., pero sin servirlos con lamentable indignidad. Porque precisamente fortifica con su majestuosa dignidad todo el mundo formal que evidencia, éste no es nunca reflejo, registro de lo real, trasunto. Sino una realidad independiente que, teniendo en cuenta las leyes de la realidad de que parte, construye con arreglo a esas leyes el mundo independiente del cuadro, lleno de tremenda verdad.

En Pedro Berruguete vemos nosotros la fundacional referencia de lo que se ha llamado «realismo español» inexactamente. Lo que haya de *representativo* en éste y en tantos pintores extraordinarios españoles, no autoriza a nadie a degradarlos con el remoquete de *realistas*, desde el momento, por ejemplo, que Pedro Berruguete, frente a la supuesta realidad determinante de sus cuadros, trata de comunicarnos su dimensión milagrosa hasta donde le es posible, claro es. Lo que maravilla en Berruguete es que, en su tiempo, consiguiera lo que consiguió. Y que sin recursos sabios, como pintores del XVII, XVIII y XIX, resultase maestro de una ingenuidad enteriza, poeta de una sencillez augusta, dueño —y esta palabra, en arte, se vende muy cara— de todo lo evidenciado, a pesar de que la función artística en Pedro Berruguete esté planteada de manera tan entera, tan simple, tan firme, aunque no —por eso no es un mal realista— mimética y elemental.

